

¿PARA QUÉ LOS “PARA QUÉ”?

La vida (la de la Biología, como la de la Teoría de la Evolución), no tiene un fin, un para qué determinado. La vida no existe para que algo suceda o no suceda. No existe para ningún fin trascendente. En Biología la vida existe para reproducirse y auto-preservarse. Aquí no hay ningún “para qué” que tenga en cuenta las necesidades humanas. Es que la vida humana, es una de las tantas que formas que la vida puede tomar. No es ni la única ni la más importante.

En síntesis: ¿cómo aceptar que se está vivo porque la materia, la energía, la genética y la casualidad nos dio esa forma y organización que tenemos y en este momento particular en este planeta tan particular?. El sentimiento de insignificancia, el vacío (de sentido), la ausencia de “para qué” (productos del desarrollo cerebral), nos generaron esa necesidad psicológica de creer que “somos más que eso”. Aunque, “eso” es una especie con un desarrollo cerebral único en el planeta, y sin predadores naturales. Aunque como especie podamos desaparecer por causa de desastres naturales o por auto-destrucción. Y si esto sucede, ningún cambio importante se producirá en el universo sólo por “eso”.

* * *

Uno de los efectos de la conciencia de muerte, es que el animal humano necesita objetivos, metas para vivir su tiempo de vida. Sabe que su tiempo es limitado, y lo llena con sentido, con los “para qué vivir”. Sabe que el “sentido de la vida” es construible, no dado por naturaleza (salvo que “crea” que vive para algún motivo definido por otro/s, generalmente dioses o endiosados). Es que, para el animal humano, si no hay un “para qué”, la incertidumbre, el vacío (de sentido); se apodera de su frágil racionalidad. Y la obnubila o la hace altamente creativa en diferentes sentidos.

También es verdad que el animal humano es un “homo habilis” para la construcción de herramientas. Obviamente herramientas útiles, porque son construídas con algún fin, con un “para qué”. Para resolver algún problema o dificultad.

Sabemos también, que el animal humano es un apasionado por encontrar patrones/ repeticiones/reglas, como un apasionado por atribuir intencionalidades.

Que el animal humano necesite un “para qué vivir”, lo lleva a atribuir intencionalidades. A tener una visión antropomórfica, antropocéntrica. Lo lleva a suponer que todo lo que lo rodea también tiene un “para qué”. Si en el camino alguien encuentra una dificultad, puede racionalmente deducir, que esa dificultad está ahí “para recordarle” que en la vida nada es fácil, que nada es gratuito.

Y lo lleva a suponer, que la naturaleza también tiene un “para qué”. Es lo que se llamó “teleología”. Un ejemplo para aclararlo. La lluvia no existe para regar los campos sembrados por los humanos. La lluvia existe

desde hace muchos millones de años. Existe desde mucho antes de la aparición del animal humano en la superficie del planeta. Obviamente desde mucho antes que el animal humano se hiciese sedentario y necesitase la lluvia para su actividad agrícola. No por casualidad existieron los dioses de la lluvia, los rituales para generarla, la Madre Tierra y las diosas de la fertilidad; a partir de esos momentos. Si había una época de sequía, era porque algunos de estos dioses no estaban contentos con las acciones humanas. Ese era el “por qué” de la sequía. El “para qué” era que la sequía era el mensaje de esos dioses. La sequía estaba para hacer saber a los humanos los desacuerdos de los dioses en relación a esas conductas. De allí las ofrendas y los sacrificios de seres vivos a esos dioses (leer sino Isaías 1:11). La sequía cumplía una función, estaba “para hacer saber”. Aquí está lo antropomórfico y teleológico en la interpretación humana, adjudicándole un “para que” a un hecho natural.

Obviamente que el ejemplo de la lluvia, es hoy sólo sentido común y ya nadie cree en esa versión del sentido de la existencia de la lluvia. Pero el animal humano fue mucho más allá de los fenómenos naturales. Llegó a suponer que el universo (planetas, cometas, meteoritos, gases venenosos, estrellas con sus calores y fuerzas destructivas) puede ser su aliado. Que el universo puede “tener la intención”, o “se lo puede seducir”, para que colabore con los planes individuales. Nuevamente lo antropocéntrico (¡cuándo no!), adjudicándole rasgos humanos al universo. *“Cuando una persona desea realmente algo, todo el universo conspira para ayudarle a realizar su sueño”* escribió Paulo Coelho. Mientras que Carl Sagan afirmó que *“El universo no fue hecho a medida del hombre; tampoco le es hostil: le es indiferente”*.

Las creencias en el animal humano como “la medida de todas las cosas”, en el modelo de la correcta evolución, en la superioridad de su racionalidad; son pruebas de ese sesgo. Pero para encontrar este proceso antropocéntrico, no es necesario ir tan lejos en el tiempo ni en el espacio. Hoy, alguien puede creer que “nació para” hacer feliz a otra persona, o para ser su desgracia. Más aún, alguien puede proponerse, como sentido para su vida; cualquiera de las dos opciones anteriores. Hasta se puede creer que una muerte sacrificial, por el sólo hecho de haber sucedido (esto es, fuera de cualquier interpretación contextual e histórica); hará cambiar el funcionamiento del mundo. Estos son otros “para qué”.

Visto desde un punto de vista estrictamente psicológico, el propio vacío (de sentido) con sus correlatos emocionales, queda fácil y rápidamente cubierto. Lo sabemos, el vacío (de sentido); es altamente productivo a la hora de crear los “para qué”.

Raul G. Koffman – Enero de 2023

.....